



“Los intervencionistas mexicanos”

p. 23-42

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La patria apenas tomaba forma en el
caos, aún se subalternaba esta noción,
en las conciencias nuevas, a determi-
nada forma política.

JUSTO SIERRA





LOS INTERVENCIONISTAS MEXICANOS

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ESTRADA. Uno de los asuntos más complejos del Segundo Imperio, es el relativo a los orígenes de la intervención europea. Tan difícil es precisar algunos aspectos de las actividades de Francia, Inglaterra y España con respecto a México, como tratar de seguir con posibilidades de buen éxito la ruta recorrida por los intervencionistas mexicanos.

José Manuel Hidalgo y José María Gutiérrez de Estrada son tal vez los dos personajes que menos dificultades presentan entre los monarquistas, al estudioso de la historia de México. Gracias a las investigaciones de doña Sofía Vereza de Bernal y de don José C. Valadés ha quedado abierta una gran brecha que puede ser recorrida por quienes pretendan analizar su vida y su obra. En cambio es difícil estudiar las actividades en Europa de Francisco de Paula de Arrangoiz, Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, Juan N. Almonte y Francisco de Miranda. Mucho más complicado resultaría un estudio sobre la actuación de personajes como Ignacio Aguilar y Marocho y Joaquín Velázquez de León.

Entre los que lucharon por establecer un trono en México, fue sin duda alguna Gutiérrez de Estrada uno de los más sinceros paladines. Resulta curioso comprobar cómo hasta escritores como José María Luis Mora le reconocieron una alta calidad moral.

Este ciudadano es nativo del Estado de Yucatán, donde reside su familia, distinguida bajo todos aspectos. No es necesario decir que Gutiérrez recibió una educación cuidada y escogida, basta haberlo tratado para conocer que fue así; y que supo aprovecharse de ella en la carrera del servicio público a la que se dedicó, y en la cual ha permanecido puro y sin mancha en medio de una clase corrompida. Desde el principio fue destinado a las Legaciones de Europa en razón de hablar y escribir corrientemente los idiomas francés e inglés, y es uno de los pocos que han empleado útilmente su tiempo en las capitales del Viejo Mundo; flexible por carácter, honrado por educación y principios, y expedito para los negocios, su servicio ha sido perfecto, y sobre todo leal y concienzudo. Gutiérrez es hombre de *progreso* por convicción y principios, pertenece al *personal* del partido *escocés*, y su conciencia política es firme, segura e ilustrada; por eso, no obstante la suavidad de su carácter, no se le hace ceder en nada de lo que él cree de su obligación, aun cuando se atraviesan amistades íntimas y conside-

raciones de mucho peso; bajo la administración Alamán, dejó el servicio porque la creyó retrógrada, y a la caída de la Federación dejó el ministerio que desempeñaba, porque estimó justamente que continuar en él habría sido faltar a sus compromisos. Al separarse del puesto el señor Gutiérrez de Estrada legó a la nación una especie de manifiesto, de aquellos que no se hacen sino en un momento de inspiración; obra de lógica, de sensatez y de lenguaje, este documento está destinado a ser inmortal, y a pasar en la República Mexicana hasta las generaciones más remotas que lo leerán con interés. Él es la maza de Hércules que descarga sobre su enemigo golpes rudos que lo destruyen y desbaratan hasta reducirlo a materia informe.¹

El Gutiérrez de Estrada que describió Mora, no era aún el caudillo ideológico profundamente amargado, que tocaría a las puertas de las cancillerías europeas en demanda de un príncipe para México. Pero no puede negarse que había ya en él un germen de pesimismo, que llegó al clímax en la sexta década del siglo xix.

Hay hombres que parecen destinados a sufrir intensamente, Gutiérrez de Estrada era uno de ellos. Los males físicos y morales lo aquejaron desde su juventud, no supo reaccionar contra ellos y acabó por ser uno de esos seres que juzgan el mundo bajo el influjo de sus impresiones subjetivas. Nació en un momento histórico para el cual no estaba adaptado. Aristócrata por nacimiento y por educación, lo inquietaban la violencia y los desórdenes de su tiempo. No conocía la historia de México con la precisión de Alamán, pero añoró con igual sinceridad la tranquilidad del régimen colonial. No ambicionó para sí “ni la gloria ni el poder”, pero suspiró siempre por la paz y el orden.

Gutiérrez de Estrada desempeñó puestos públicos con probidad y honradez. En 1835 ocupó el ministerio de Relaciones Exteriores. Buscó un entendimiento con los países centroamericanos y gestionó el reconocimiento de España. Al abandonar su cargo emprendió un viaje a Europa. No fue durante esta etapa de su vida muy afortunado: la enfermedad de su esposa, sus males propios y las agitaciones europeas quebrantaron sus nervios. Regresó a México dominado por el más profundo desencanto.

Anastasio Bustamante ocupaba entonces la presidencia de la República por segunda vez. Se ha dicho que en esta ocasión

¹ José María Luis Mora. *Obras sueltas*. México, Editorial Porrúa. 1963, p. 171.

más que gobernar, peleó. Surgieron rebeliones militares que fueron combatidas con energía. El primer jefe de la nación era un hombre de orden, de disciplina. Se le ha juzgado casi siempre en relación con el fusilamiento de Guerrero. Pero si se aspira a tratarlo con justicia es necesario no olvidar que poseía cierta honestidad y una buena dosis de virtudes cívicas. Le tocó hacerle frente a la primera invasión francesa. Y cuando pasó el peligro francés, brotó el pronunciamiento del general Urrea, que estuvo a punto de lograr el derrocamiento del presidente de la República. Después de más de diez días de combates en la propia ciudad de México, Bustamante logró vencer a los sublevados. A raíz de su victoria invitó a Gutiérrez de Estrada para que aceptase el Ministerio de Relaciones Exteriores. Don José María explicó en una carta muy prolija, pero no exenta de dignidad el motivo por el cual no podía aceptar tan alta distinción. No tenía ya fe ni en la eficacia de la Constitución de 1836, ni en el derogado código de 1824. Urgía convocar una convención que diera al país la forma política adecuada a sus necesidades. En la carta de Gutiérrez de Estrada a Bustamante no propone de ninguna manera el establecimiento de un sistema monárquico. Pero pocos días después publica un folleto en el que transcribe dicha carta y en el cual ya no oculta sus ideas monárquicas. Comienza por confesar que posiblemente la publicación del referido folleto, le hará perder el buen concepto de que se creía gozaba entre los dos partidos. Para justificarse hacía suyo el pensamiento de Thiers.

Por lo que a mi toca, no tengo prejuicio por ningún partido. Y si se me pregunta ¿por qué medios me he granjeado la buena gracia del partido en que me apoyo? Responderé que todo proviene de que no creo que haya de un lado hombres que detesten la libertad, y del otro hombres que detesten el orden; antes bien, creo que merced a una conducta franca y leal, llegará a formarse, con el tiempo una reunión de espíritus moderados.²

2 Pour moi, je n'ai de préjugé sur aucun parti. On me demande, comment il se fait j'aie la faveur du parti sus lequel on dit que je m'appuie. C'est que je ne crois pas qu'il y ait d'un coté des hommes qui detestent la liberté, et de l'autre, des hommes qui detestent l'ordre. Je crois qu'avec une conduite franche et loyale, on arrivera le temps, à former une réunion d'sprits modérés. José María Gutiérrez de Estrada. Algunas reflexiones acerca de los dolorosos sucesos ocurridos en esta capital, durante la última mitad del mes de julio de este año, y de la necesidad de buscar su posible remedio en una Convención o Congreso Constituyente y cartas que con este motivo dirigió el que suscribe al Exmo. Sr. Presidente de la República y a uno de los Sres. Secretarios del Despacho. México, Cumplido, 1840, p. 12.

Gutiérrez de Estrada se preguntaba ¿por qué la paz no se consolidaba sobre bases sólidas? Insistía en que tanto la Constitución de 1824 como la de 1836 habían sido infecundas para cumplir su misión. La derogación del sistema federal había servido de pretexto para llevar a Texas a proclamar su independencia. Haciendo alusión a su momento histórico, se lamentaba de los últimos sucesos y pensaba tener el remedio para corregir los males del país.

*Herida de muerte la república por los mismos que se dicen sus apóstoles, se muere de inanición después de ver consumido el jugo de su vida moral en esfuerzos estériles y cruentos. Sólo recomiendo por lo mismo, el proyecto de una Convención como un simple paliativo, como el único medio y el más adecuado para salir de los embarazos más urgentes de la situación actual... "No todos los pueblos pueden aspirar al mismo grado de libertad, ni tampoco conviene a todos la misma forma de gobierno; y finalmente vendremos, en que un pueblo acostumbrado a ceder a la sola fuerza moral de la ley no debe ser gobernado del mismo modo que otro que tenga costumbre de ceder a la fuerza material de las bayonetas."*³

A Estados Unidos no le había costado una sola gota de sangre el establecimiento de la República, en cambio en Francia los más sangrientos esfuerzos habían sido impotentes para consolidarla. Veinte años de miseria eran una experiencia dolorosa.

No se expresaba en términos rudos de ningún partido. Pero juzgando las vicisitudes de Francia creía encontrar argumentos para probar que si en este país había fracasado la tentativa para crear una República, mayores motivos había en México para desconfiar de la eficacia del sistema republicano: "Y si el tiempo de la República no ha llegado aún para la Francia, civilizada y floreciente, acostumbrada a acatar sus propias leyes, libre hace cincuenta años de su nobleza y de su clero, distribuida la propiedad entre sus habitantes cuanto pudiera desearse; organizados ya todos los ramos de su administración pública por el genio creador, y por la incontrastable voluntad de Napoleón; dotada además de moralidad social, de espíritu público y nacional; de valor civil a más de militar; de hombres de Estado; de un número considerable de ciudadanos capaces de desempeñar con acierto todos los destinos públicos de elección popular, tan numerosos

³ José María Gutiérrez de Estrada. *Algunas reflexiones acerca de...* pp. 27-40.

en una república, sobre todo si es federal; si la época de la república no ha llegado, repito, para la Francia, ¿no será el colmo de la más presuntuosa arrogancia pretender que haya llegado para nosotros, destituidos por desgracia, de todas las cualidades que más parecen predisponer a un pueblo para adoptar con fruto la forma republicana?"⁴

Pensaba Gutiérrez de Estrada que si en Francia había fracasado la república, era por existir en ella una poderosa tradición monárquica. Luego agregaba que México durante el periodo virreinal había sido un país monárquico. No había rey, pero existía alguien que lo representaba. Además la legislación, las instituciones y las costumbres eran monárquicas.

En cambio, examinando las postrimerías del periodo colonial en los Estados Unidos, encontraba que sus instituciones, leyes y hábitos eran los de una república, esto explicaba el secreto de su éxito al escoger tal forma política. Si México había marchado por un camino inadecuado, era necesario llevarlo por el sendero que lo condujera al orden y a la prosperidad. *Los norteamericanos habían prosperado* en la misma proporción en que los mexicanos habían *retrogradado* moral y materialmente.

Arrastrado por la lógica de sus argumentos, Gutiérrez de Estrada ya no podía ocultar sus más íntimos propósitos.

Me parece ya llegado el momento en que la nación dirija su vista hacia el principio de una monarquía democrática, como el único medio de ver renacer entre nosotros la paz tan ardientemente anhelada.⁵

Por otra parte, la monarquía era a juicio de Gutiérrez de Estrada, el único medio capaz de salvar la nacionalidad mexicana amenazada por los Estados Unidos.

Gutiérrez de Estrada era sincero, cuando se mostraba partidario de las libertades. Pero no debe olvidarse su postura. Para la mayor parte de los conservadores honestos de su tiempo, el respeto a las libertades no era incompatible con sus principios políticos, sólo se rebelaban contra la libertad religiosa. No nos sorprenda por tanto, que en esos tiempos se mostrase don José María, como uno de los más celosos defensores de la libertad de imprenta. Ésta y otras libertades no eran incompatibles con

⁴ Ob. cit., p. 44.

⁵ *Ibid.*, p. 55.

el sistema monárquico. “Una monarquía puede ser tan libre como una república y aun más libre que una república.”

El folleto de Gutiérrez de Estrada no sólo era un vehículo de propaganda a favor de la monarquía, sino que tenía funciones de autodefensa. Su autor trató de precisar que él no era ni un apóstata, ni un hombre servil. No lo había movido una ambición innoble. Si algunas veces había hecho publicaciones en la prensa manifestando cierta severidad, se había inspirado en el propósito más recto. Preocupado por el juicio que acerca de su persona se pudiera formular, trató de precisar el propósito que lo guiaba al escribir sobre asuntos políticos.

No he tratado de perjudicar a nadie, lo único que he procurado en mis escritos es contribuir hasta donde me fuere dado, a que nadie perjudique a mi nación.

No coincidieron la mayor parte de los contemporáneos con el punto de vista de Gutiérrez de Estrada. Aun hombres de criterio conservador como el propio presidente de la República, mostraron públicamente su desaprobación. Bustamante hizo una declaración tan precisa como categórica.

Cualesquiera que sean las desgracias que aflijan a los mexicanos, jamás se arrepentirán de la elección que han hecho de las instituciones republicanas.⁶

Procedió en seguida a tomar disposiciones. Mandó recoger el folleto de Gutiérrez de Estrada y dio órdenes a la policía para que detuviese a su autor, quien sólo pudo evadir la persecución refugiándose en la embajada británica, de donde emprendería la huida con destino al extranjero.

Radicado en Europa, trabajó Gutiérrez de Estrada con una constancia sin desmayo, para tratar de lograr el apoyo de países que estuvieran dispuestos a crear en México un sistema monárquico. Dos cosas fueron desde entonces su obsesión: el peligro norteamericano y el temor de que México fuera descatólico. En estos aspectos se mostró inflexible. Su ultramontanismo produjo la mayor irritación de Napoleón III y de Eugenia de Montijo. No debe, por tanto, sorprendernos que los empera-

⁶ Proclama del señor presidente Anastasio Bustamante. Reproducida por Jorge Gurriá Lacroix en su libro *Las ideas monárquicas de don Lucas Alamán*. México, Instituto de Historia, 1961, p. 107.

dores de Francia hayan tratado lo más posible de separarlo de la empresa mexicana. Así se explica el considerable ascendiente de Hidalgo, tan flexible a los propósitos de Napoleón. De la misma forma se comprende que pudiera Almonte tener tanta confianza en el gabinete de las Tullerías. Por sus ideas liberales, su sólida cultura y el conocimiento que tenía de la historia y de muchos de los grandes problemas de su país, se le consideró el hombre más adecuado para luchar en México a favor del principio monárquico.

Tuvo todavía Gutiérrez de Estrada la satisfacción de ofrecer a Maximiliano solemnemente la corona del Imperio mexicano, al presidir la comisión que con este fin se presentó en Miramar el 10 de abril de 1864. Aceptada por el archiduque tan grande distinción, partió Gutiérrez de Estrada a Roma. Días después Maximiliano y Carlota eran recibidos en el palacio de Marescotti por quien más había luchado en favor del establecimiento de un imperio para México. Pero prácticamente la carrera política de don José María, había llegado a su recta final.

Maximiliano en multitud de cartas trató de convencer al precursor del imperio de que México había cambiado notablemente en el último cuarto de siglo. Lo invitó a colaborar con él en el teatro mismo de los acontecimientos. Gutiérrez de Estrada fue congruente con su conducta conservadora y se negó a dar su aprobación a la política liberal de Maximiliano. Le alcanzó la vida para enterarse de los grandes infortunios del Segundo Imperio y murió días antes de que tuviera lugar la caída del régimen que con tanto celo había contribuido a fundar.

JOSÉ MANUEL HIDALGO. Pocos hombres de nuestra historia han podido llegar a los umbrales de la fama y del poder con tanta facilidad como don José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar.

Nació don José Manuel Hidalgo en los primeros años del México independiente. Su padre había tomado a Iturbide el juramento del Plan de Iguala, cuando una perspectiva llena de ilusiones se presentaba a la vista de todos los mexicanos.

No había llegado todavía la hora de los desencantos. Seguros de poseer “uno de los países más ricos de la tierra”, los políticos confiaban en que pronto la nación subiría a la cumbre de la prosperidad, ya que contaba con todos los elementos necesarios para crear un gran pueblo.

Bien pronto se palpó la realidad. Desde el año 34 una especie de fatalidad siniestra cerníase sobre la República. Fracasó la tentativa más seria de reforma política que hasta entonces se había efectuado. Luego vino la complicación texana. Nueve años más tarde de aquel en que proclamara Texas su independencia, la provincia rebelde entraba como Estado de la Federación norteamericana. La guerra entre México y los Estados Unidos fue el desenlace del drama.

José Manuel Hidalgo se batió noble y lealmente por su patria en 1847. Fue de los elegantes que pelearan como soldados en Churubusco contra la invasión norteamericana. El valor desplegado por aquellos improvisados, fue tan grande, que mereció el elogio del general Rincón y la admiración respetuosa del mismo Scott, que permitió a los vencidos conservar sus espadas.

Al terminarse la guerra entre México y los Estados Unidos, Hidalgo se embarcó rumbo a Europa para iniciarse en la carrera diplomática. Trató figuras eminentes de la nobleza española e inglesa. Mantuvo relaciones de amistad con el emperador don Pedro de Brasil, con Isabel II de España, con la familia Montijo, cuya hija Eugenia había de ceñirse más tarde la corona de Francia. Cuando tuvo lugar el destierro de Pío IX en Gaeta, lo visitó con frecuencia y logró ganarse el afecto del pontífice y la amistad del cardenal Antonelli.

Bajo la última administración de Santa Anna, Hidalgo, gracias a la intervención de Gutiérrez de Estrada, es designado funcionario de la Secretaría de la Legación Mexicana en España.

Hidalgo se distinguió como uno de los más tenaces propagandistas de la idea imperial. Puso su laboriosa dedicación al servicio de una causa que sintió sinceramente, pero no exageró su celo, no lo dominó la pasión avasalladora del sectario. Fue uno de los primeros que pensaron en el archiduque Maximiliano de Austria como candidato al trono de México. Fue monárquico por elegancia más que por convicción política. Al servicio de sus propósitos imperiales puso su prudencia, su sangre fría, un exquisito trato social, las maneras distinguidas que demostraba que conocía y practicaba como ninguno de sus correligionarios, las reglas de la etiqueta cortesana.

Estaba bien informado del ir y venir de las familias opulentas. Conocía al dedillo la vida social de Francia y de otros países del mundo. Pero su conocimiento de las cuestiones mexicanas fue muy

limitado. Sus referencias a la historia patria son muy breves y escasas, más que opiniones se antojan sentimientos desdeñosos. Ninguno de los imperialistas mexicanos tuvo en el grado de Hidalgo, una ausencia tan grande de nacionalismo.⁷

Desde el mirador de Europa no supo afinar la perspectiva que le hubiera permitido tener un concepto más exacto del país en que había nacido. Como muchos hombres de su tiempo fue víctima del descastamiento. Hizo de sí mismo una flor de invernadero, que sentía marchitarse o languidecer fuera de una atmósfera imperial. Su gran desgracia política tuvo lugar mucho antes del derrumbe del imperio de Maximiliano al que tanto contribuyó a formar. Condenado a vivir sin patria, ya que él la había expulsado de su corazón, vagó por los salones de la alta sociedad parisina, italiana y española sin encontrar jamás lo que había perdido. Tuvo sin embargo valor suficiente para sobreponerse a sus desgracias. Siguió gozando de ciertas consideraciones de parte de sus amigos que no lo abandonaron en el otoño de su vida. Fiestas y agasajos no le faltaron. ¡Pero el vacío que había en su alma no podía llenarlo aquella vida oropelesca!

Al correr de los años no perdió Hidalgo su cortesanía, su distinción, su fino tacto. Si un dolor moral le dominaba tuvo el cuidado y el supremo buen gusto de sobreponerse a él mostrando sólo la actitud jovial y una aparente ausencia de preocupaciones. De haberlo conocido Balzac, lo habría tomado como modelo vivo de alguno de sus personajes, habría escudriñado su vida, sondeado su psicología, con una agudeza y una benévola comprensión, que no han tenido con él la mayor parte de los historiadores del Segundo Imperio mexicano.

El encubramiento de Hidalgo, fue tan rápido como su caída. Gracias a su amistad con Napoleón y Eugenia de Montijo pudo conspirar con eficacia a favor del proyecto para crear en México un sistema monárquico.

En 1861 era ya una idea fija de Napoleón el deseo de intervenir en la vida política de México. No obstante sus propósitos, su representante firmó con sus colegas inglés y francés lo que se llamó la Convención de Londres. En virtud de ella se hablaba de enviar fuerzas de Inglaterra, Francia y España que no tendrían otro objeto que exigir a México el cumplimiento de sus

⁷ Martín Quirarte. *El problema religioso en México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967, p. 316.

compromisos internacionales, pero de ninguna manera arrebatarle territorio ni derribar la forma de gobierno establecida.

Napoleón consintió en el proyecto a pesar de los principios de la Convención de Londres, por creer que el gobierno de Juárez caería tan luego como las fuerzas de las tres potencias se presentasen en territorio de México. Entonces podría trabajarse a favor de la idea monárquica.

El general Prim fue designado como representante de España. El nombramiento no fue del agrado de los imperialistas mexicanos. José Manuel Hidalgo era uno de aquellos a quienes más afectó la designación, ya que consideraba a Prim “un bandido sin escrúpulos, un *condottiere*, cuya vida privada y pública era un escándalo”. Habló vehementemente contra la designación del conde de Reus delante de Napoleón. El emperador francés dijo con toda razón que no estaba en sus manos ordenar a España cambiar la persona que la representaba.

Nuevas amarguras dominaron a Hidalgo y a los imperialistas. La noticia de la victoria de las fuerzas mexicanas el 5 de mayo de 1862, afectó tanto a éstos como a los emperadores franceses.

No puedo recordar sin una punzante emoción lo que pasó aquí al saberse el descalabro de Puebla. Cuando se esperaban triunfos, y que los anunciase el cañón de Los Inválidos llegó esa funesta noticia, que llenó de una alegría secreta y antipatriótica a los enemigos de Napoleón, como Thiers, Favre y todos los que hacían la oposición de la empresa, sólo porque la emprendía el emperador. No hubo impropiedad en el público que no aplicara a los mexicanos monárquicos de Europa, que habían dado informes equivocados según la frase que andaba de boca en boca entre nosotros.

Aunque fue culpa exclusiva de los franceses el descalabro de Puebla, me presenté allí aterrado, aunque tranquilo en apariencia. Así me encontré a la corte; pero ni una queja, ni una indirecta. Todos tristes, aunque tranquilos. El emperador sombrío y meditando; la emperatriz nerviosa, pero dominada. Me recibieron como siempre y la emperatriz me dijo que me fuera a vivir con ellos unos días. A nadie se convidó, no hubo las fiestas y cacerías al ciervo de costumbre, todo presentaba un aire de tristeza, del que participaba el séquito de los emperadores. El primer día apenas se habló en la mesa, el emperador no hacía más que quitarse y ponerse el anillo nupcial. La condesa de Raynaval, me dijo algún tiempo después: “yo creía que lo iban a lapidar”, porque oyó lo que decían entre el público. Entonces comprendí por qué la emperatriz quiso

me alojase con ellos durante diecisiete días, para sustraerme a la vista de los demás, ¿qué mayor prueba de justicia y de bondad? ⁸

Si en los políticos de Francia, la derrota sufrida por las fuerzas expedicionarias produjo consternación, entre los participantes en la lucha tuvo todos los efectos de una enseñanza. Hasta los muy optimistas creyeron que en lo sucesivo deberían emplearse el cálculo y la prudencia. Los acontecimientos del 5 de mayo produjeron en el conde de Lorencez un efecto psicológico deprimente. Su orgullo había sido hondamente humillado. Ya no podía hablar de un ejército francés compuesto de 6,000 hombres que por su disciplina, organización y elevación moral, lo harían dueño de México.

El fracaso había traído un poco de lucidez a sus juicios, pero no la plena noción para apreciar el conjunto de los acontecimientos. Agotadas todas las posibilidades del esfuerzo militar, tocaba su turno a la actividad epistolar. Fue un acierto el suyo cuando después de haber hablado de su descalabro, pedía un refuerzo de 15,000 a 20,000 hombres, y material de sitio para llevar a cabo con posibilidades de éxito la campaña. ¡Eso era hablar con cordura! Pero le faltó agudeza cuando trató de explicar las causas de su derrota. En carta dirigida a Jacques Louis Randon, ministro de Guerra de Francia, le decía que se le había asegurado que sería recibido con júbilo por parte de los habitantes de Puebla y que se cubriría a sus soldados con flores. La explicación no difería en lo esencial de la arenga que dirigiera a sus subordinados.

Vuestra marcha hacia México ha sido detenida por obstáculos materiales que estabais muy lejos, sin duda, de esperar después de los informes que se nos dieron. Se nos había repetido cien veces que la ciudad de Puebla os llamaba de corazón y que la población se precipitaría hacia vosotros para cubrirlos de flores. Con la confianza inspirada por estas seguridades engañosas nos presentamos ante Puebla. ⁹

⁸ José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar. Recopilación, prólogo y notas de Sofía Vereza de Bernal. México, Porrúa, 1960, pp. 43-44.

⁹ Paul Gaulot. *L'expédition du Mexique*. 1861-1867. D'après les documents et souvenirs de Ernest Louet. Paris, Société d'éditions littéraires et artistiques, 1906, t. 1, p. 74.



Para un hombre tan penetrante y sutil como Napoleón, las razones del general derrotado no podían ser convincentes. Se ha considerado como auténtica una carta que se presume dirigida por el emperador francés a Lorencez y que dice así.

No, querido general; el ministro no os ha engañado: Él os ha dicho que las flores de las bellas mexicanas de Puebla caerían a vuestro paso cuando entraseis por las calles de la ciudad; pero no os dictó vuestros deberes militares ante el problema técnico que os tocaba resolver, ni estaba allí para eso. Habéis puesto en batería vuestras piezas a una distancia de dos kilómetros y medio de las fortificaciones enemigas, y esto, permitidme que os lo diga por conducto de Randon, es un disparate, como lo es el haber dicho en una proclama a vuestros soldados que marchasteis engañado, creyendo que los poblanos irían a rodearos y las poblanas a florearos. Un general no dice eso, y menos en presencia del enemigo. Sois un mentecato. Por lo demás, decid a mis soldados que estoy tan satisfecho de ellos, como descontento de vos. La guerra tiene vicisitudes, y no me alarma lo de Puebla. Ya os relevo. Os creía suficientemente decorativo para entrar con seis mil hombres hasta el corazón del país y asistir a la caída de Juárez; pero, puesto que en México hay *obstáculos materiales*, y que para allanar os hacen falta los treinta mil hombres de que me hablaba Prim en su carta pesimista, irán refuerzos mandados por un héroe de Italia. Preparad vuestras maletas, y entre tanto, cuidado con insolentaros contra Almonte y Saligny.¹⁰

Si esta carta no fuera auténtica, su contenido no es incongruente con lo que pensó e hizo Napoleón. Ahora bien, si a raíz de la derrota del 5 de mayo la oposición francesa censuró la política del emperador, si en el seno del parlamento Jules Favre condenó enérgicamente la conducta de Napoleón, éste abandonó el recinto parlamentario entre las ovaciones de la mayoría. Estaba autorizado para disponer de hombres y dinero destinados a la aventura mexicana. Era un deber nacional vengar la afrenta recibida.

Y así como la primera tentativa para tomar Puebla fue recibida con melancolía por los imperialistas mexicanos, la caída de la ciudad en 1863, los llenó de optimismo y confianza. Don José Manuel Hidalgo según el decir de la emperatriz “estaba como niño con zapatos nuevos”. Un año después de que los franceses

¹⁰ Justo Sierra y Carlos Pereyra. *Juárez, su obra y su tiempo*. Ballezá, 1905-1906, pp. 346-347.

tomaron la ciudad levítica, Maximiliano desembarcaba en México.

Cuando Maximiliano trasplantado al escenario mexicano intentó poner los cimientos de su imperio, encontró obstáculos que superaban su voluntad y sus dimensiones como hombre de Estado.

Historiadores como Conte Corti han censurado a Hidalgo y a Gutiérrez de Estrada, el que no hayan colaborado con Maximiliano en el teatro mismo de los acontecimientos. El reproche casi parece un eco de las reconvenções dirigidas por el archiduque de Austria, a quienes le forjaron una corona. En Maximiliano si no tiene una justificación su comportamiento, por lo menos tiene una explicación. Era víctima del ofuscamiento originado por la multitud de problemas y complicaciones producidos por un cargo político que era superior a sus fuerzas. Pero el historiador europeo que juzga los hechos desde la perspectiva de nuestro siglo y en la calma del gabinete, debió haber tenido más profundidad crítica.

Gutiérrez de Estrada no podría jamás ser un colaborador de Maximiliano como no lo pudo ser tampoco Francisco de Paula de Arrangoiz, quien se vio en la necesidad de separarse violentamente de Maximiliano cuando percibió la orientación liberal que éste diera a su gobierno.

Gutiérrez de Estrada no rompió con el austriaco, pero le dio a entender por medio de sus constantes cartas que sólo las ideas conservadoras podían salvar al país. Por otra parte, muchas comunicaciones dirigió Maximiliano al precursor del imperio, tratando de convencerlo de que en los últimos años México había cambiado mucho y que era necesario llevar este país por cauces políticos correspondientes a su siglo. El intransigente conservador no se dejó convencer por razones tan evidentes, vivió y murió encastillado en un mundo de ideales políticos condenados a fracasar.

¿Y de Hidalgo qué podía esperarse? Quien sepa acercarse a él sin prejuicios, quien se le aproxime sin odios de partido podrá percibir lo que nunca entendió Maximiliano: aquel cortesano no estaba a la altura del puesto político que se le había conferido. Sus cualidades hacían de él un personaje de salón.

Uno de los críticos que más han penetrado en el estudio del Segundo Imperio ha hecho de una plumada el retrato de Hidalgo. El bosquejo podrá ser cruel, pero no carece de fidelidad.

José Hidalgo, prendido desde entonces con veinte alfileres a las faldas de la familia imperial de Francia: jamás un diplomático, por la espumosa consistencia de su médula cerebral y por sus instintos de abrigarse en regazos tibios ha tenido mayor semejanza con un falderillo de casa rica. ¡Y pensar que hombres así han podido influir tan gravemente en nuestros destinos!¹¹

Si Maximiliano no hubiera sido casi tanto como Hidalgo, un hombre de miras políticas bien estrechas, habría podido darse cuenta desde que lo conoció, del limitado valor del personaje. Por gratitud pudo haberle dado un puesto decorativo, colmarlo de honores y riquezas, pero nunca otorgarle la representación diplomática de su gobierno en Francia, y menos en el momento en que comenzaron a enfriarse las relaciones entre Napoleón y él.

José Manuel Hidalgo fue un político por accidente. Conspiró en la antecámara de los emperadores franceses, ofreció una corona a su candidato, recibió de éste uno de los puestos diplomáticos más envidiables y vio truncada su carrera por aquel por quien tanto luchó para llevar al trono. Mas no fue infiel al emperador, cuando le escribiera diciendo que Napoleón no estaría dispuesto a gastar más en la aventura mexicana y que pediría la repatriación de las fuerzas francesas, no estaba en sus manos modificar la situación. Aun cuando hubiera poseído el más acabado talento diplomático habría sido impotente para lograr cambiar la decisión de Napoleón.

Mandado llamar por Maximiliano, José Manuel Hidalgo se presentó en México para explicar sus actos y para hablar sobre los acontecimientos que tenían lugar en Europa. No convenció al emperador de su eficacia y se vio depuesto de su alto cargo.

Maximiliano trató de compensar posteriormente con algún otro puesto, a quien violentamente privaba de una posición eminente. La actitud del emperador lastimó en lo más íntimo la sensibilidad de Hidalgo. Carlota misma insistió en que aceptara las proposiciones de su marido. La actitud intransigente de don José Manuel dio a entender que toda relación política estaba definitivamente rota. Su carrera había terminado. Volvía sin embargo a Europa. Sobrevivió al derrumbamiento de Maximiliano 29 años. Fueron tres décadas de miserias, de pobreza, de privaciones. En realidad esta parte de su existencia tiene poca importancia para la historia de México, bien que contenga as-

¹¹ Justo Sierra y Carlos Pereyra. Ob. cit., p. 216.

pectos sumamente interesantes para los que buscan en la biografía de un hombre los detalles de lo pintoresco.

Hidalgo era sin duda un católico, pero él mismo confiesa que no sentía vocación para el claustro, que pudo haber sido el refugio de su alma atribulada. Poseía documentos, fotografías sobre personajes importantes, todo eso que vale mucho y no vale nada al mismo tiempo. Cosas que pueden tener un alto precio, pero a las que un hombre atado a sus recuerdos, no renuncia jamás o se desprende de ellas difícilmente. Comprendió la frivolidad del medio social en el que se movía pero le faltó el valor para renunciar a vivir en él.

Rodando en los salones, codeando a gentes que no se estiman, a grandezas que no se envidian, en medio de una atmósfera no siempre sana y frecuentemente engañosa, falta de convicciones; pero si a mí no me importa quedarme en casa todo el día mientras hay luz, en la noche necesito huir de la soledad en donde estoy sin más compañero que la lamparilla y entregado a tristezas que me harían perder la razón.

Hasta el último día de su vida conservó Hidalgo la amistad de algunos personajes aristócratas. Viose en la necesidad de someterse a economías para guardar por lo menos las apariencias del señor elegante que había sido antes. Uno de los secretos de su triunfo en los momentos de mayor esplendor lo había sido el trato con las damas, cuya amistad siguió cultivando. Para las que entraban en el periodo de la primera juventud tuvo las frases bondadosas de un diablo que por viejo se había vuelto eremita—como él mismo lo decía—. A las otras les dedicó palabras delicadas, exquisitas que aunque pensadas con meditación daban la impresión de ser hechas con espontaneidad y sin afectación. Conocía las debilidades de algunas de estas señoras. Si a veces guardó su secreto con una discreción digna de un confesor laico, en otras ocasiones exhibió sin ningún recato sus flaquezas.¹²

Siendo don José Manuel hombre sin disciplinas científicas y carente de una verdadera profesión u oficio, dedicóse a redactar novelas. Algunos ejemplares los dedicó o regaló a personalidades

¹² La discreción de doña Sofía Vereá de Bernal no quiso reproducir ciertas cartas de Hidalgo, que podían lastimar los sentimientos de personas que aún viven, y que son parientes de algunas señoras de cuya vida privada habló en términos no muy generosos don José Manuel.

eminentes del mundo que él frecuentaba, que se los agradecían con gran afabilidad.

El destierro voluntario de Hidalgo no transcurrió enteramente en Francia. Pudo volver a ver a su amado Pío IX, quien ya había recorrido la parte más áspera de su existencia y melancólicamente decía a don Manuel: “Los siglos pasarán, y aun cuando continúen los ataques a la Iglesia, siempre se verá aquí un hombre vestido de blanco, el vicario de Jesucristo.”

Poco tiempo después subía al solio pontificio una de las más grandes figuras de la cristiandad: León XIII, pero a quien Hidalgo no comprendería ni le guardaría el amor que había tenido para su antecesor. Con Pío IX se cerraba una era. El Papa como dijera Leopoldo von Ranke, había tenido que renunciar a su poder temporal “no sin dignidad”. Con León XIII se iniciaba una época que ya no entendería Hidalgo. El sentido tan agudo de las realidades que poseía el nuevo pontífice, lo hicieron altamente agradable aun ante los príncipes y hombres de Estado protestantes.

Hacia 1889 Hidalgo inició una correspondencia que mantendría durante varios años con don Luis García Pimentel. En ella le hizo confidencias sumamente importantes para quien quiera hacer la historia del Segundo Imperio.

A fines de 1893 y comienzos del 94, fue Hidalgo víctima de una enfermedad que casi lo llevó a los umbrales de la tumba. Sin cloroformo le hicieron tres o cuatro operaciones y le quemaron con yodo la carne. La intervención de los amigos no le faltó en los momentos más críticos. El mismo rey de Nápoles se preocupaba por su salud. La naturaleza de Hidalgo se sobrepuso a sus enfermedades. Volvió a levantarse. Iba a escribir sus postreras cartas y a emprender el último viaje por el mundo. Su enfermedad se prolongaría dos años.

La correspondencia con García Pimentel volvió a reanudarse. Si en otras cartas Hidalgo pudo ocultar sus tribulaciones, ahora ya no le era posible negar la pena intensa que le invadía el alma. ¡Y no es el hijo de García Icazbalceta un hombre en quien se puede confiar!

En los comienzos del 95 un invierno atroz azotó París. Es el mismo Hidalgo quien hace alusión a este conmovedor fragmento de su existencia.

A veces he pasado horas enteras como remachado a mi sillón, al lado de la salamandra —que es el único fuego que tengo en la casa—, sin valor, sin ganas de salir para ver a los amigos o cumplir con mis deberes sociales. Mis medios no me permiten tener fuego en el resto de mi pequeño aposento, y mi cuarto de dormir y saloncito son una nevera; el agua de mi cuartito de *toilette* se hiela y hay que romperla con un martillo. Si yo, que tengo fuego en un rincón, sufro tanto en las otras piezas, ¿qué será de los infelices que no lo tienen en ninguno? ¹³

Aún le estaban reservados algunos momentos de felicidad. En julio de 1896, se encontraba en los Pirineos. Pareció que su salud se recobraba, él mismo escribe una carta llena de optimismo. Un mes más tarde está de nuevo en París.

Aquel viaje había sido sólo un paréntesis de calma. Narra después a García Pimentel los dolores físicos y las penas morales que lo afligen. Su situación económica es angustiosa. No puede liquidar las deudas que contrajera con motivo de su enfermedad. No se atreve a pedir dinero a nadie y corre el peligro de verse sujeto a proceso. Teme el escándalo y el deshonor. Padece de insomnios y siente el temor de perder el juicio. Sus noches son infernales. Si el agua de azahar le proporciona en ciertos momentos un rato de sueño, frecuentemente es víctima de las pesadillas y despierta dando alaridos. Las frases dirigidas a su corresponsal tienen todo el acento de la desesperación: “compadézcame usted, y sobre todo pida a Dios por su buen amigo cuya existencia está envenenada para siempre”.

El 5 de noviembre de 1896 tuvo un sueño singular.

Soñé que me moría bajo un firmamento azul, terso como raso, y en medio como una hostia, con cifra oro y morada, que no podía distinguir, y fijos los ojos en eso, hice un acto de contrición tan fervoroso, que yo mismo lo encontré muy bello. ¿Será un sueño que no quiere decir nada, como todo? Siento que, como el José de Egipto, no pueda usted explicármelo . . . ¹⁴

¡El sueño era profético! El destino lo salvaba de muchas humillaciones y vergüenzas, al truncar su vida el 26 de diciembre. ¡Había pagado muy caro el delito de ser imperialista! Las alegrías

¹³ Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, p. 328.

¹⁴ Ob. cit., pp. 389-390.



que pudo haber tenido en 29 años que sobrevivió a la tragedia del Cerro de las Campanas, no compensaron quizás las tristezas, los dolores y las humillaciones que aquel hombre albergó en el fondo de su corazón.